

Teología y Universidad

O λόγος τοῦ Θεοῦ οὐ δέδεται

II Tim., II, 9 (1)

RAIMUNDO PANIKER

LA TRASCENDENCIA DEL PROBLEMA.

Todo el mundo reconoce hoy que está acabando una época y empezando otra, y tenemos además el convencimiento —y la experiencia— de que las ideas gobiernan el mundo, aunque con una defasamiento mínimo de una generación, tributo que rinden al tiempo, a la muerte y a la humildad todos los hombres que viven en este mundo *subterrenal*. Tiene, pues, una gravedad y una trascendencia singular este problema que ahora en España se plantea. Y quizás nos haga falta una buena dosis de audacia intelectual para arrostrar una serie ineludible de consecuencias que acaso estén algo distantes del estado actual de cosas, pero que derivan evidentemente de los principios cristianos y que, además, han sido tradicionales en la Iglesia. ¿No decimos que empieza un mundo nuevo? Hay cobardías intelectuales más catastróficas que las derrotas militares.

Resulta ya un tópico decir que la civilización actual está paganizada, que existe un divorcio entre el mundo moderno y los restos del mundo cristiano, que hay un abismo mortal entre el ambiente clerical y el seglar dentro mismo del Cristianismo. Todo esto es cierto: las estructuras son distintas, lo son también las mismas formas de pensar y aún las esferas de intereses. Pero, si no queremos contentarnos con críticas negativas, añoranzas utópicas de un pasado irreversible o emplastes pasajeros de simples curanderos o de médicos miedosos, debemos penetrar hasta la misma región de las ideas, hasta los cimientos últimos de nuestra cultura, hasta la raíz teológica del problema.

En el fondo late un grave problema en el que están encartadas desde la Teología, puesto que trata de la información por la fe de todos los valores humanos, hasta la misma cultura cristiana, cuyo porvenir depende en gran parte de la sentencia que se falle en esta cuestión.

LO QUE ES LA TEOLOGÍA.

En lo negativo estamos de acuerdo todos los creyentes: el mal de la sociedad actual estriba en la desvinculación entre la religión y la vida

terrena. En lo positivo también coincidimos: hay que *restaurar* la unidad, hay que *reparar* la escisión, o, más exactamente aún, hay que *redimir* al hombre, hay que actualizar y aplicar la Redención y hacer descender sus frutos a todas las actividades del hombre y de la sociedad.

Pues bien: uno de los medios—y en esto debe haber también coincidencia— consiste en conseguir que la Teología —ciencia de Dios (*Logos* divino)— informe e impregne la cultura terrenal —ciencia de los hombres (*Logos* y *ethos* humanos)—. Y descendiendo más —y aquí confío en que no haya tampoco grandes discrepancias— es obvio que el mejor camino para conseguirlo —*hío* y en un *nunc* de pocos años— es volviendo a instaurar la unidad de la *Universitas Litterarum*, la síntesis de la Cultura, bajo la primacía de la Teología.

Pero Teología no es un formulario de recetas hechas que, convenientemente aplicadas —ningún cristiano lo duda—, darían la solución a todos los problemas. La Teología —*Theologia viæ*— la Teología peregrinante, los teólogos bien lo saben, no es un elixir ya elaborado que se nos ha dado para curar nuestros achaques. La verdadera Teología acompaña al hombre en su peregrinar por la tierra, y no es otra cosa que el culto que el hombre—ser intelectual al fin y al cabo—, que la mente del hombre, su *lóγος*, si se quiere, para ser más preciso, rinde a Dios escuchando su mensaje y tratando de descifrarlo. "El amor es el que ocasiona la Revelación de los misterios", dice el Doctor Común en frase que puede aplicarse a Dios y al hombre, a lo natural y a lo sobrenatural.

La misma Teología especulativa, según Santo Tomás, es una expansión *normal* de la fe, de la verdadera fe, *quaerens intellectum*, que busca la intelección de la Realidad, la adoración espiritual del Misterio y no la aprobación o la benevolencia de la rutina; es *δογμα* y no *δοξα*.

Teología no es, pues, ni una metafísica de lo sobrenatural, ni una simple experiencia pastoral y pía revestida de ciencia *ad usum clericorum*, sino que es el esfuerzo total humano —intelectual si se quiere, que no es sinónimo de racional, sino más bien de espiritual— por comprender y captar el sentido de la Revelación de Dios. La Teología cristiana, que es la plenitud de la Teología, culmina en la unión con Cristo, máxima manifestación de Dios, y se reduce,

(1) *Verbum Dei non est alligatum*. La Teología no puede estar encerrada.

aquí en la tierra, a la intelección —amorosa— del Mensaje total, encarnado, no en la doctrina, sino en el mismo Cristo. La Teología es sobrenatural, es decir, es sabiduría carismática. Implica esencialmente la fe, don gratuito de Dios. La Teología es *intellectus fidei*, es decir, puesto que el objeto de la fe cristiana es Cristo, portador—*παράκλητος*, figura— de la plenitud de la Revelación, *intellectus Christi, sensus Christi*, en su más pura significación ontológica, *ὄψις, διδωκία*. Mas este *intellectus fidei*, base de lo que en mala hora se llamara Teología especulativa, no está desconectado del *auditus fidei*, fuente de la mal llamada Teología positiva. *Fides ex auditu*. Pero el intelecto sólo se aplica para oír mejor.

LA TEOLOGÍA, INCUMBENCIA DE LA IGLESIA ENTERA.

Este es el sentido católico, universal, de la Teología, y así lo ha enseñado y defendido siempre la Iglesia, para quien la Teología no es ni una prerrogativa ni un privilegio de los clérigos, sino una exigencia de la mente cristiana. El sacerdote tiene un deber especial de saber Teología —para poder realizar su maravilloso ministerio de la palabra—, pero no un derecho exclusivo. Querer monopolizar la Teología sería el mayor pecado de farisaidismo. Por eso, la Jerarquía que se considera responsable del Mandato docente de Cristo siempre ha considerado como uno de sus más graves problemas su función de magisterio, la enseñanza a los hombres, desde el elemental Catecismo hasta la más alta especulación.

La Iglesia mantiene y garantiza la pureza de esta Teología y orienta el esfuerzo humano por llegar a la comprensión del Cristo total. Ahora bien, la Iglesia no es la Jerarquía solamente. La Iglesia es la Iglesia y la Jerarquía es la Jerarquía de esta Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, a la que pertenecen incluso los ángeles. Por el bautismo somos miembros de la Iglesia, dice el Catecismo, y ahora que ya ha pasado el miedo y el peligro de la exageración protestante del sacerdocio real" de todo cristiano se nos repite la tradicional doctrina de que todo bautizado es ministro de Cristo y responsable de la Iglesia.

La Teología es, evidentemente, de incumbencia de la Iglesia. Más aún: fuera de la Iglesia no puede darse una auténtica Teología cristiana y la misma investigación personal del teólogo es un acto comunitario de la Iglesia entera; de esta familia en la que "cada uno lleva el otro y es llevado por él". Pero esto no significa que la Teología deba ser ocupación única de la Jerarquía o asunto exclusivo de sacerdotes, monjes y religiosos. Se nos ha dicho que la cultura y formación teológica de cualquier intelectual cristiano debe estar, por lo menos, a la misma altura que sus conocimientos profesionales. Y esto significa algo. "Es una necesidad urgente que los seglares vengan a tomar parte, de alguna manera, en el apostolado jerárquico de la Iglesia" (Pío XI). Y no se puede participar en un apostolado sin saber lo que se trae entre manos. Es tan poco cierto que la Teología sea

una ciencia clerical como que el hacer oración mental sea un privilegio de los religiosos. Y hace unos lustros, en algunos ambientes, ambas cosas parecían así.

TEOLOGÍA Y UNIVERSIDAD.

Este mismo principio de la catolicidad, de la ecumenidad de la Iglesia y, por ende, de la Teología, se deja también iluminar desde el otro polo de la cuestión. Si la Teología es universal por ser católico, la Universidad lo es por ser Universal, *universitas*.

De ahí que su mutua relación sea mucho más profunda que la que pueda hacer suponer un planteamiento meramente jurídico de la cuestión.

De ahí que su mutua relación sea mucho más profunda que la que pueda hacer suponer un planteamiento meramente jurídico de la cuestión. Es una relación constitutiva, de tal manera que una Universidad sin Teología traiciona su más íntima esencia.

De ahí surge un nexo interno entre Universidad e Iglesia, pues, como se ha visto, la Teología es una actividad de la Iglesia.

Y, finalmente, la relación es recíproca, de manera que la Teología, en cuanto tal, requiere una Universidad.

Tres graves, aunque viejas y tradicionales afirmaciones que habrá que exponer brevemente.

LA UNIVERSIDAD EXIGE LA TEOLOGÍA.

No sólo una razón histórica, nada despreciable, atestigua que la Teología es esencial a la Universidad, sino que el mismo concepto integral de Universidad exige la presencia vital en ella de la Teología.

En efecto, si la Universidad aspira a ser una verdadera *universitas*, que incluye en sí la *unitas* y la *diversitas* (¡que perdonen los filólogos!), entonces debe formar al hombre, uno, para la diversidad de ocupaciones, liberales dirían antes, intelectuales decimos hoy.

Esta unidad en la diversidad sólo la puede proporcionar la Teología, tanto por lo que refiere a, al hombre como por lo que toca b, a las ciencias mismas.

a) En cuanto al sujeto, nuestra época, que ha hecho y está haciendo la experiencia del fracaso y del derrumbamiento del mito del Hombre como ser autónomo —burgués— y desligado, no tiene mucha dificultad en reconocer no sólo que cuando el hombre quiere hacer el ángel hace la bestia, sino que, además, cuando se contenta con ser racional y naturalmente hombre también hace la bestia, puesto que el ser humano ha sido llamado a ser más que simple naturaleza humana, y esta llamada, esta vocación, repercute en lo más hondo de su ser incapacitándolo para vivir en un estado de naturaleza pura.

No se puede formar al hombre sin conocerlo, pero nada "es verdadero ni plenamente humano sino sólo lo que es cristiano" (Pío XI). De ahí que sólo la Religión, es decir, la fe y, en consecuencia, la Teología, es el único hilo conductor

para una formación integralmente humana. Las consecuencias están al alcance de la mano...

b) Y tampoco es posible encontrar una síntesis de las ciencias humanas si se abstrae de la Teología. El saber humano no se deja integrar en ninguna unidad natural. Nuestro siglo está también desengañado de un racionalismo iluso que había prometido a los hombres eliminarles el misterio, y, en consecuencia, la misma Filosofía de nuestros días está, consciente o inconscientemente, buscando su perdido carácter sapiencial que sólo puede recuperar integrándose en la Teología, es decir, dejando de ser la pretenciosa ciencia suprema y pasando a un más alto servicio. También al intelecto humano le ha llegado la impronta de lo sobrenatural, y, en consecuencia, "la verdad religiosa no es tan sólo una parte, sino condición precisa del conocimiento general" (Cardenal Newman). *Philosophia ancilla Theologiae* porque la razón debe ser guiada por la fe.

La razón humana puede muchas cosas, pero no precisamente conseguir por ella misma que la Universidad realice su misión de sintetizar en una unidad armónica todos los dominios de la Ciencia. Si esta unidad no es la síntesis intrínseca que sólo puede conseguir la Teología —salvo que se idealice la Filosofía y se reduzca la Ciencia a un anémico y desencarnado mundo de esencias—, se cae en la unificación artificial de la Universidad al servicio —bastardo— de intereses políticos totalitaristas o nacionalistas. Sólo la Teología es capaz de garantizar la auténtica libertad de la Universidad. Toda la historia del nacionalismo europeo es una buena prueba de ello.

Si la Universidad quiere, pues, ser auténtica e integralmente Universidad necesita la función vinculadora y sintetizadora, más aún: liberadora —sólo la verdad nos hará libres—, de la Teología. Así lo ha comprendido siempre la Iglesia y la Tradición.

LA UNIVERSIDAD CATÓLICA.

Si la Teología es función de la Iglesia y constitutivo esencial de la Universidad, se sigue, evidentemente, que "la Iglesia es necesaria para la integridad" de la Universidad (Cardenal Newman). Si la humanidad tiene un destino sobrenatural y la Iglesia es la responsable de que se consiga y la depositaria de los medios, surge, en consecuencia, toda la clásica doctrina acerca de los derechos de enseñanza de la Iglesia.

Ahora bien, después de todo lo dicho aparece evidente lo que va a decirse.

Universidad católica no es una denominación restrictiva, una simple adjetivación limitativa del substantivo "Universidad", una clase peculiar de Universidad, sino que, por lo contrario, es la plenitud de la Universidad, es la Universidad integral, aquella que ha desarrollado toda la potencialidad que en su interior contenía.

Esto no implica, sin embargo, que no exista un concepto más restringido de Universidad católica. Este existe, pero no es sinónimo de Universidad clerical ni "religiosa" en el sentido canónico de la palabra. Ciertamente, Universidad católica significa *eclesiástica*, mas es en este vo-

cablo, término medio de tanto razonamiento implícito —tomado en un doble sentido—, en donde radica la confusión. En nuestro lenguaje corriente, en la lengua viva de esta época que fenecce, *eclesiástico* es sinónimo de clerical (y a clerical se le da a veces un matiz peyorativo que no hay que admitir en ningún momento); pero los seculares son también *eclesia*. Nos atique *sumus Ecclesia!*

La característica de la Universidad católica no estriba, por tanto, en que esté regentada por clérigos, sino en que esté informada por la Iglesia. Esta información presenta dos aspectos. Uno jurídico, mediante el cual la Iglesia —y aquí debe intervenir la Jerarquía— tiene un control de la tal Universidad en los asuntos de su competencia. Y un aspecto esencial de naturaleza en virtud del cual no es Universidad católica aquella en la que además de Ciencia se enseña Religión y en la que se prohíben manifestaciones antirreligiosas, sino aquella en la que la Teología informa —como la caridad informa, vivifica, las demás virtudes en un cristiano en gracia— intrínsecamente (y es redundancia) las distintas disciplinas del saber humano. Aquí, y no en otra parte, están los verdaderos problemas de la cultura cristiana.

LA TEOLOGÍA CLAMA POR LA UNIVERSIDAD.

Nos queda por explicitar la última afirmación complementaria de las anteriores. Hasta ahora hemos dicho que la Universidad necesita de la Teología y, en consecuencia, de la Iglesia. Pues bien; ahora añadimos que la Teología requiere ella, a su vez, la Universidad.

Se ha estudiado frecuente y profundamente el mal causado a la cultura occidental por el destierro de la Teología; pero se ha comentado menos la debilitación y anemia que ha sufrido la ciencia sagrada en su secular encierro; a pesar de que aquí están los numerosos testimonios pontificios, que lo confirman al conminarnos a volver a conectar con la Teología de aquel siglo en que aún no se había divorciado de la Universidad. Es significativo que no se nos recomiende volver a aquellas preciosas Summas y Comentarios del XVI y XVII, al parecer más desarrolladas que las del siglo XIII. Pero esto es un problema muy complejo que no interesa ahora remover.

Lo cierto es que la auténtica Teología clama, en efecto, por la información y aun transformación de todos los valores y saberes humanos y no tolera desconectarse de la vida y de la cultura. La Teología no es una ciencia arcana y esotérica, "pues nada hay oculto que no haya de descubrirse, ni secreto que no haya de conocerse y salir a la luz". Dios no es ni objeto de museo ni monopolio de unos cuantos. Ni Dios ni la Teología pueden ser relegados al ámbito de la sacristía o de lo clerical. Y éste ha sido siempre el criterio de la Iglesia, que para eso creó las Universidades. "La Iglesia no puede encerrarse inerte en lo recóndito de sus templos, y desertar así de la misión que le ha confiado la divina Providencia, de formar el hombre completo", decía el propio Sumo Pontífice a los Príncipes de la Casa de Dios.

Si las ciencias meramente naturales necesitan ser fecundadas por la Teología, a ésta le hace falta el campo del mundo entero para desarrollarse. Ciertamente, el teólogo recibe su objeto —la Revelación— del mismo Dios a través de la Iglesia y lo elabora a la luz sobrenatural de la fe; pero tanto la Revelación, que necesita materiales naturales, como la fe, que incide sobre la razón, exigen el cultivo de lo humano, de las humanidades si se quiere, de la cultura inclusiva, como requisito indispensable para la intelección del Mensaje divino. Dios se manifiesta, en definitiva, a hombres. Entiéndase bien, no se trata de defender ahora una civilización refinada como necesaria para la Teología —siempre será verdad que la Revelación se hace a los pequeños y a los humildes—, sino de una auténtica cultura espiritual que hace falta también para entender las mismas parábolas del Evangelio.

Por una doble razón la Teología necesita de la Universidad, considerada como el lugar común de los vectores culturales de una época.

Por un lado, porque para elaborar una visión cristiana de la Ciencia y del mundo hay que conocerlos en su realidad concreta y existencial. El filósofo acaso pueda habérselas con esencias puras y desarraigadas, el teólogo nunca puede cultivar sólo una especulación desencarnada. La Teología es esencialmente sapiencia de salvación para el hombre concreto. Esta es una labor urgente de la Teología de nuestro tiempo. Y para ello necesita no sólo el conocimiento de la Ciencia, sino el diálogo con el mundo entero. La Revelación de Dios a los hombres no es una exhibición divina de su grandeza para dejarnos muy empuñecidos y acentuar su Trascendencia, sino una Comunicación de su Amor para elevarnos hasta El y unirse con nosotros. Por eso mismo la Teología busca todos los valores humanos dondequiera que se encuentren para llevarles el mensaje de la Redención y su transformación profunda.

Pero para eso tiene que conocerlos íntimamente. Y es entonces cuando la misma Teología se expansiona y adquiere su plena integridad y su función salvífica.

Mas hay otra segunda razón más profunda que la anterior, por la cual la Teología reclama el auxilio de la Universidad (entendida, según se ha dicho, como el exponente de la cultura de una época) para constituirse plenamente en Teología. No puede darse fuera de la Universidad una Teología integral. Una Teología encapsulada, sin contacto con el mundo y con la realidad, no puede ser un *λόγος τοῦ Θεοῦ*, pues *Ver-*

bum Dei non est alligatum, la Palabra de Dios no puede estar encerrada.

La Teología necesita, en efecto, de toda la cultura humana, cristalizada en la Universidad, porque los conceptos mismos con los que la Teología se expresa son conceptos humanos de los que también vive la cultura de cada época. Los mismos escritores inspirados y el mismo Cristo no se abstraen a esta ley, hablan con el lenguaje y utilizan los conceptos de la cultura de su tiempo.

La Teología verificará luego el colosal esfuerzo de purificar todos estos conceptos y de trascenderlos analógicamente. Es el magno problema de la *analogía fidei*, que algunas veces parece olvidarse y quererse sustituir por una formal *analogía vocis*. Si la Teología no quiere degenerar en un mero *repetitorium* de fórmulas no puede separarse nunca de la realidad cultural de donde vive, es decir, no puede separarse de la Universidad.

TEOLOGÍA MILITANTE.

Esta es la lucha viva y perenne de la Teología de la Iglesia militante. La Teología del hombre peregrino en la tierra, miembro de una Iglesia en pie de guerra, tiene que forjarse y constituirse en la lucha. *¡Pectus facit theologum!* Más aún: en este pleno contacto con el mundo la Teología se renueva constantemente, y el mundo, a su vez, recibe y vive de la savia unificadora de la sabiduría teológica. Esta se puede decir que ha sido la nota constante de todos los documentos pontificios de la época moderna sobre la cultura sacerdotal.

Los hombres maduros de nuestra generación están tan espantados del proceso de secularización del mundo moderno que es comprensible que no acaben de querer creer que aquí se trata ya del movimiento ascendente contrario. No tememos que se secularice la Teología al entrar en contacto con el mundo a secas.

La cultura para un cristiano no es sino el instrumento humano de que dispone para captar el sentido de la revelación y, en consecuencia, de su vida. Y si por las criaturas debemos remontarnos a Dios —*per ea quae facta sunt*— y a través de las criaturas el Señor nos habla, la Teología no puede desprestigiar el conocimiento de ningún ser creado, no sólo para iluminarlo con una nueva luz, sino también para enriquecerse con la aportación de una nueva criatura del Altísimo. Todas las cosas son un reflejo del *λόγος* divino.

El Rev. don RAIMUNDO PANIKER, Director de la Colección de Espiritualidad "Patmos", y cultivador asiduo de temas de Teología y Filosofía, estudia en el presente artículo las implicaciones de la Teología y la Universidad; cómo para su perfección y acabamiento cada una de ellas exige y postula a la otra.